

Día a día

Ha amanecido con una niebla densa. Es de esos días en los que sabes que algo va a ir mal; tengo un sexto sentido.

Mi compañera de piso se ha marchado temprano a trabajar. Estaba nerviosa y no se ha despedido como siempre: "Hasta luego, Marvin, vuelvo enseguida".

Ha regresado tarde, más de lo habitual entre semana. Tiene los ojos llorosos y, de vez en cuando, la oigo murmurar: "No puede ser".

A las dos semanas deja de levantarse temprano. Imagino que está de vacaciones.

Muchos días se va y vuelve ojerosa y pálida. Se tumba en el sofá casi toda la tarde y vemos juntos series. Han pasado demasiados días como para que sigan siendo vacaciones, pero está triste y no me dice qué sucede. Solo me calma y sonríe, agradecida por poder pasar más tiempo conmigo.

Al mes ocurre algo que me inquieta. De pronto empieza a llevar gorros, incluso para dormir, y cuando sale su pelo ya no es el de antes. Tal vez se haya cambiado de peinado, pienso. Pasa mucho tiempo cocinando, cuidando de los dos y, cada noche, antes de dormir, repite mientras respira pausadamente: "Yo me voy a curar, y Marvin estará bien".

Entonces empiezo a vigilarla más. Ella me tranquiliza, me dice que le están poniendo goteros porque está enferma y que no me preocupe.

Pasaron seis meses así y, de pronto, se fue tres semanas. Me pidió perdón por haber estado lejos. Me contó que estos meses había tenido cáncer y que acababa de salir del hospital, tras varias cirugías.

Estaba salvada. Ya podía respirar tranquilo.

Desde el diagnóstico, decidió disfrutar día a día, sin pensar en el futuro. Dijo que eso lo había aprendido de mí.

Pero qué voy a saber yo, si solo soy un gato.

En memoria de Darwin, que esperó a que me recuperara para irse él.